

[LETRAS AL MARGEN]



LA SEGUNDA LECTURA

◆ EDUARDO ANTONIO PARRA

Una obra narrativa nunca es la misma cuando la abordamos por segunda vez. Al releerla, cobran relevancia ciertos detalles que durante la primera inmersión en ella apenas nos llamaron la atención, mientras otros, que nos habían parecido fundamentales, palidecen ante nuestros ojos hasta transformarse en elementos de segundo orden. El argumento y la trama, por ejemplo: cuando ya los conocemos y, por lo tanto, dejamos de esperar que nos sorprendan, abandonan su preeminencia para dejar que la mirada se pose con mayor énfasis en cuestiones como las ideas secundarias que sostienen la historia, el uso del lenguaje por parte del autor, las atmósferas, las técnicas y procedimientos, el trasfondo que sirve de sostén al relato.

LOS MODOS DE ESCRIBIR Y LOS MODOS DE LEER CAMBIAN.

Esa transformación se advierte incluso si entre la primera y la segunda lecturas hay un breve periodo de tiempo, pero, cuando median años o décadas entre ambas, las diferencias son más marcadas. ¿A qué se debe? Tal vez a que, con el paso del tiempo, los modos de leer cambian, al igual que las maneras de escribir. Pero, sobre todo, a que también nosotros cambiamos.

Muchas veces he escuchado de labios de colegas y lectores, tras releer una novela o un libro de cuentos al que habían amado en sus años de juventud, que ya no les gustó, que les pareció “pretencioso”, o muy difícil, o que de plano consideraban que la obra en cuestión había “envejecido” mal con el paso de los años. ¿Qué significa que un libro ha envejecido mal? ¿Que retrata una época que ya no es la nuestra, y por ello ha perdido interés en la actualidad? ¿Que sus técnicas y procedimientos son distintos a los que nos tienen acostumbrados los narradores actuales? ¿Que las nuevas generaciones ya no “vibran” con ellos? ¿O que simplemente somos nosotros los que hemos evolucionado –para bien o para mal– y que lo que antes nos atraía ahora no nos provoca sino indiferencia?

Hace algunos años les encargué a los integrantes de un taller de lectura y escritura que leyeran

La casa verde, de Mario Vargas Llosa, novela que me había deslumbrado a los veinte años, en cuyas páginas ansiaba volver a sumergirme. Comencé a leerla con gran entusiasmo y pronto me vi de nuevo fascinado tanto por las historias como por la estructura, la capacidad verbal del autor y sus técnicas narrativas. Era, para mí, un goce absoluto, muy semejante a mi experiencia juvenil. Es decir, yo llevaba a cabo una lectura, si bien distinta, con una intensidad similar a la de años atrás. Sin embargo, cuando más absorto me hallaba en ella, una duda comenzó a inquietarme: ¿cómo se la estarían pasando con la novela los integrantes del taller? Eran lectores, sí, pero lectores del siglo XXI. ¿Cómo leerían esta obra maestra de la literatura latinoamericana del siglo XX? El día en que debíamos comentarla llegó, y me di cuenta de que, si bien la mayoría aseguró haberla disfrutado, hubo quienes tuvieron grandes dificultades para seguir las líneas narrativas a causa de sus audacias estructurales y, sobre todo, de la cantidad de “peruanismos” y de vocablos desconocidos para ellos que el ahora premio Nobel utiliza en la obra. “Cada página tuve que consultar el diccionario varias veces”, dijo uno de ellos.

Los modos de escribir y los modos de leer cambian. Es cierto. En la mayor parte de los libros

que se publican por lo menos desde hace tres décadas, el lenguaje narrativo se ha venido adelgazando. El mismo Vargas Llosa, sin modificar en lo esencial su estilo, lo ha adecuado poco a poco, de manera consciente o inconsciente, a la percepción de las generaciones actuales. No es lo mismo leer en la actualidad *La casa verde* o *La conversación en la catedral* –obras inmensas en lo que respecta al vocabulario–, que *La fiesta del Chivo* o *El sueño del celta* –escritas con un lenguaje más accesible para cualquier lector. En este ejemplo, los integrantes del taller eran nuevos lectores de *La casa verde*. Pero, ¿qué pasa con la mayoría de quienes han sido lectores “de antes” y son lectores “de ahora”? ¿Cómo experimentan la relectura de una novela a la que no se han acercado en mucho tiempo? Si sus intereses han cambiado, ¿serán capaces de disfrutar un relato cuya lectura juvenil los marcó en su momento con la misma intensidad que hay en sus recuerdos? En especial si se toma en cuenta que la memoria es engañosa y muchas veces lo que recordamos es distinto a lo que vivimos en realidad.

Meses antes de que muriera, me topé con el gran escritor norteño Daniel Sada en una librería-cafetería de la Ciudad de México. Como siempre que nos encontráramos, nos tomamos un

café y conversamos de literatura. Daniel acababa de entregar al Fondo de Cultura Económica un prólogo para las obras completas de un autor clásico, perteneciente a la Generación de Medio Siglo, del que en muchas ocasiones le oí decir maravillas. Para escribir dicho prólogo, había releído todos sus libros. ¿Y qué tal la experiencia?, le pregunté. Me sorprendió la expresión de desagrado que adoptó su rostro. Salvo la novela principal, la más conocida, me dijo, todo lo demás envejeció. ¿Cómo que “envejeció”?, inquirí. Sí, me respondió, envejeció mal, ya no se puede leer en estos días.

Lo dicho por el maestro Sada me dejó pensativo. Acaso fue la primera vez que me pregunté cómo era posible que tal cosa –“envejecer”– pudiera sucederle a una obra narrativa, sobre todo a una de gran calidad y de origen no tan remoto: él se refería a novelas publicadas entre treinta y cuarenta años antes. ¿Habían cambiado tanto sus gustos en ese periodo de tiempo, que ya no consideraba ni siquiera “bueno” lo que antes había calificado como “superior”? ¿O se trataba de que sus gustos se habían adaptado a los nuevos modos de escritura y de lectura? El asunto me intrigaba aun más por tratarse de Daniel Sada, un escritor que nunca se acomodó a ninguna moda, y cuya escritura nunca fue sencilla.

Por supuesto, lo anterior no ocurre con todas las obras narrativas, y el ejemplo principal serían los llamados clásicos: novelas y relatos de los siglos

¿SERÁ QUE MUCHAS VECES NOS ADELANTAMOS A CALIFICAR UN LIBRO MÁS O MENOS RECIENTE COMO UN “CLÁSICO”, SIN ESPERAR EL PASO DE LOS AÑOS QUE TODO LO COLOCA EN SU LUGAR?

XVIII, XIX y XX a los que el paso del tiempo tan sólo les ratifica su vigencia, su inmortalidad, su capacidad de adaptarse a la vida humana de cualquier época y cualquier punto geográfico. Nunca envejecen. Nunca dejan de leerse, y cada nuevo acercamiento a ellos por parte de los lectores trae como recompensa el descubrimiento de aspectos inéditos en el conocimiento del ser humano, su condición y su naturaleza.

¿Entonces? ¿Será que muchas veces nos adelantamos a calificar un libro más o menos reciente como un “clásico”, sin esperar el paso de los años que todo lo coloca en su lugar? Antes se decía que “el mejor crítico literario es el tiempo”. Ahora, tal parece que, hipnotizados por la publicidad, por la inmensa cantidad de premios literarios, por la fabricación instantánea de “prestigios”, por la fama de los autores que otorga la exposición a medios masivos, y por las modas, muchos autores y obras se nos presentan como “inmortales” de inmediato, y nosotros lo creemos de buena fe, sin esperar la criba del tiempo y, lo que es peor, sin pasarlos por el tamiz de la segunda lectura, que sería una herramienta ideal para ayudarnos a calificar una obra narrativa. Sí, esa segunda lectura que, ya sea llevada a cabo

pocos meses o varias décadas después de la primera, nos serviría mucho para decidir si tal o cual relato entra o no en nuestro canon personal.

Un par de meses atrás, quise hacer el experimento con una novela que también leí alrededor de mis veinte años, cuya lectura –lo he repetido por más de treinta años– me marcó como escritor y como ser humano: *El obscuro pájaro de la noche*, del chileno José Donoso. De ella tenía muy claros en el recuerdo los pasajes de las ancianas y huérfanas internadas en un convento casi en ruinas, y las escenas que transcurren en la finca La Rinconada, donde un millonario chileno construye una suerte de paraíso para que en él crezca su hijo, nacido con múltiples deformidades. Para que el niño no advierta que “es diferente”, el hombre comisiona a su secretario para que contrate a los monstruos más horripilantes del país, quienes se encargarán de criarlo y serán las únicas personas a las que tenga acceso mientras viva. Recordaba, también, que tras leer por vez primera la novela, tuve pesadillas recurrentes durante varias semanas, a pesar de que no se trataba de una historia del género de terror. De la historia no recordaba mucho más que esto, pero sí la emoción que me

produjo leerla, y que había sido fundamental en mi formación literaria.

Era tanta mi nostalgia y mi cariño por la obra, que incluso conseguí para volver a leerla la misma edición en donde la leí la primera vez: de Argos Vergara, de bolsillo, de 1979, con la foto del autor en la contraportada. Y lo primero que noté al comenzar la relectura es que se trata de una edición no muy cuidada, con muchas erratas e incluso faltas de ortografía, detalles que no percibí en mi juventud, pero que ahora me saltan a la vista de modo automático.

Me sumergí en *El obsceno pájaro de la noche*. De inmediato me atraparón el lenguaje y la atmósfera enrarecida, onírica, en que se desenvuelven las ancianas y las huérfanas asiladas entre las derruidas paredes del convento, y ese narrador ambiguo, el Muditó, que al mismo tiempo que cuenta lo que sucede con las mujeres adopta sus voces, sus miradas, sus tonos, sus necesidades, hasta terminar convertido en una vieja más del conjunto. Se trata de una novela publicada en 1970, en plena efervescencia del Boom Latinoamericano, del que Donoso formó parte. Como todas las buenas novelas de la época, su lectura entraña ciertas dificultades pues el autor echa mano de recursos y técnicas audaces, lo que exige una

buena concentración del lector. Conforme avanzaba en ella, mis recuerdos de su lectura anterior se adaptaban a la historia, es decir, recordé la trama cada vez con mayor nitidez, y mi atención se fijó en los procedimientos, la construcción de las atmósferas –opresivas, angustiantes, casi terroríficas– y en el sustento filosófico del relato, que nos habla de que en los márgenes extremos de la vida y de la sociedad las características del individuo desaparecen poco a poco, primero en un gregario borroso, y al final en la disolución de la existencia. Hay en ella reflexiones impresionantes de lo monstruoso como categoría estética de mayor valor que la simple fealdad, y sobre la permanencia de las creencias populares en forma de consejas, leyendas y mitos que continúan afectando la vida cotidiana de los integrantes de las masas contemporáneas.

Al finalizar esta segunda vuelta de *El obsceno pájaro de la noche*, cerré el libro con el pulso acelerado: la novela había resistido, y muy bien, mi segunda lectura. Además, esta vez, tras terminarla, no he sufrido pesadillas. Si no fuera tan pronto –han transcurrido apenas poco más de cincuenta años de su publicación– me atrevería a calificarla de “clásico”. Pero, por lo menos, ha pasado a formar parte de manera definitiva de mi canon personal. O, dicho de otro

modo, no ha envejecido. Sigue tan lozana como cuando su autor la dio a la imprenta, a pesar de las transformaciones en los modos de escribir y los de leer. A pesar de lo mucho que yo mismo he cambiado en estas tres décadas y fracción.

Sin embargo, aunque la experiencia en términos emocionales no se diferenció tanto de la primera vez que la leí, la novela ya no fue la misma. Cambió, y para bien. Creció. Creo que antes no me había fijado en el peso de la leyenda de la niña-bruja que le sirve a Donoso de germen y sustento para los hechos que transcurren tanto en el convento en ruinas como en la finca de La Rinconada y sus monstruos: un suceso ocurrido alrededor de ciento cincuenta años atrás, a finales de la época colonial, y que marca a todos los personajes de la trama actual del relato. Tampoco había reparado en el retrato oscuro de la condición femenina, cuando las mujeres en los extremos de la vida –niñez y ancianidad– transcurren en el abandono y la soledad. Ni en la disección de las desigualdades sociales en la sociedad chilena de mediados del siglo XX. Ni, por último, en el absoluto dominio del lenguaje narrativo del que Donoso hace gala en estas páginas, multiplicando los puntos de vista, todos reconocibles, en una sola línea discursiva que se despliega en varias voces, sin interrumpir el ritmo ni con espacios en blanco ni con signos de puntuación que corten el aliento.

Es verdad: para bien o para mal, una obra narrativa nunca es la misma cuando la abordamos por segunda vez. ●

AL FINALIZAR ESTA SEGUNDA VUELTA DE EL OBSCENO PÁJARO DE LA NOCHE, CERRÉ EL LIBRO CON EL PULSO ACELERADO: LA NOVELA HABÍA RESISTIDO, Y MUY BIEN, MI SEGUNDA LECTURA.